



29
julio

Domingo XVII del Tiempo Ordinario
(Ciclo B) – 2018

Domingo XVII del Tiempo Ordinario (B)
(Domingo 29 de julio de 2018)

1. TEXTOS LITÚRGICOS

1.a LECTURAS

Comerán y sobrarán

Lectura del segundo libro de los Reyes 4, 42-44

En aquellos días:

Llegó un hombre de Baal Salisá, trayendo al hombre de Dios pan de los primeros frutos: veinte panes de cebada y grano recién cortado, en una alforja.

Eliseo dijo: «Dáselo a la gente para que coman».

Pero su servidor respondió: «¿Cómo voy a servir esto a cien personas?» «Dáselo a la gente para que coman, replicó él, porque así habla el Señor: Comerán y sobrarán».

El servidor se lo sirvió; todos comieron y sobró, conforme a la palabra del Señor.

Palabra de Dios.

SALMO Sal 144, 10-11. 15-18

R. *Abres tu mano, Señor, y nos sacias con tus bienes.*

Que todas tus obras te den gracias, Señor,
y tus fieles te bendigan;
que anuncien la gloria de tu reino
y proclamen tu poder. **R.**

Los ojos de todos esperan en ti,
y Tú les das la comida a su tiempo;
abres tu mano y colmas de favores
a todos los vivientes. **R.**

El Señor es justo en todos sus caminos
y bondadoso en todas sus acciones;
está cerca de aquellos que lo invocan,
de aquellos que lo invocan de verdad. **R.**

*Un solo Cuerpo, un solo Señor,
una sola fe, un solo bautismo*

Lectura de la carta del apóstol san Pablo a los cristianos de Efeso 4, 1-6

Hermanos:

Yo, que estoy preso por el Señor, los exhorto a comportarse de una manera digna de la vocación que han recibido. Con mucha humildad, mansedumbre y paciencia, sopórtense mutuamente por amor. Traten de conservar la unidad del Espíritu, mediante el vínculo de la paz.

Hay un solo Cuerpo y un solo Espíritu, así como hay una misma esperanza, a la que ustedes han sido llamados, de acuerdo con la vocación recibida. Hay un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo. Hay un solo Dios y Padre de todos, que está sobre todos, lo penetra todo y está en todos.

Palabra de Dios.

ALELUIA Lc 7, 16

Aleluia.

Un gran profeta ha aparecido en medio de nosotros
y Dios ha visitado a su Pueblo.

Aleluia.

EVANGELIO

*Distribuyó a los que estaban sentados,
dándoles todo lo que quisieran*

+ Evangelio de nuestro Señor Jesucristo según san Juan 6, 1-15

Jesús atravesó el mar de Galilea, llamado Tiberíades. Lo seguía una gran multitud, al ver los signos que hacía curando a los enfermos. Jesús subió a la montaña y se sentó allí con sus discípulos. Se acercaba la Pascua, la fiesta de los judíos.

Al levantar los ojos, Jesús vio que una gran multitud acudía a él y dijo a Felipe: «¿Dónde compraremos pan para darles de comer?»

Él decía esto para ponerlo a prueba, porque sabía bien lo que iba a hacer.

Felipe le respondió: «Doscientos denarios no bastarían para que cada uno pudiera comer un pedazo de pan».

Uno de sus discípulos, Andrés, el hermano de Simón Pedro, le dijo: «Aquí hay un niño que tiene cinco panes de cebada y dos pescados, pero ¿qué es esto para tanta gente?»

Jesús le respondió: «Háganlos sentar».

Había mucho pasto en ese lugar. Todos se sentaron y eran unos cinco mil hombres. Jesús tomó los panes, dio gracias y los distribuyó a los que estaban sentados. Lo mismo hizo con los pescados, dándoles todo lo que quisieron.

Cuando todos quedaron satisfechos, Jesús dijo a sus discípulos: «Recojan los pedazos que sobran, para que no se pierda nada».

Los recogieron y llenaron doce canastas con los pedazos que sobraron de los cinco panes de cebada.

Al ver el signo que Jesús acababa de hacer, la gente decía: «Éste es, verdaderamente, el Profeta que debe venir al mundo».

Jesús, sabiendo que querían apoderarse de él para hacerlo rey, se retiró otra vez solo a la montaña.

Palabra del Señor.

1.b GUIÓN PARA LA MISA

Entrada:

La Eucaristía dominical es el pan de vida que Jesús parte para nosotros. Jesús nos alimenta con su Cuerpo y con su Sangre y con ellos tenemos fuerza para caminar con alegría por las sendas de la vida temporal. Participemos dignamente de esta Eucaristía.

Primera Lectura:

2 Re 4,42-44

Conforme a la Palabra del Señor, Eliseo obra el milagro de la multiplicación del pan.

Segunda Lectura:

Ef 4,1-6

El Apóstol nos exhorta a comportarnos de una manera digna de la vocación recibida.

Evangelio:

Jn 6,1-15

Jesús realiza el prodigio de la multiplicación de los panes saciando a la multitud.

Preces:

Al Señor, que abre su mano y nos sacia de bienes dirijamos, hermanos, nuestra oración.

A cada intención respondemos cantando:

- * Por el Santo Padre, los obispos y sacerdotes, para que a través del augusto Sacramento de la Eucaristía, conduzcan la grey a ellos encomendada al Reino del Padre Celestial. Oremos.
- * Por las familias, para que los esposos fomenten un clima de amor y respeto recíproco, y así sus hijos puedan crecer en un ambiente de seguridad, sin tensiones ni conflictos. Oremos.
- * Por todos los jóvenes, especialmente por aquellos que se plantean la vocación al sacerdocio o a la vida consagrada, para que respondan a tu llamado con generosidad y prontitud. Oremos.
- * Por Argentina, especialmente por los legisladores que el día 8 de agosto deben decidir acerca de la ley de legalización del aborto, para que sean fieles a una conciencia recta y rechacen totalmente dicha ley. Oremos.
- * Por nuestros benefactores espirituales y materiales, atiende a sus intenciones y necesidades, y recompensa con largueza su generosidad. Oremos.

Señor y Dios nuestro: los ojos de todos esperan en Ti y Tú les das la comida a su tiempo. Sácnos con el Pan de la Vida y concede tus dones a quienes hemos encomendado. Por Jesucristo nuestro Señor.
--

Ofertorio:

Queremos ser una ofrenda agradable para ser presentados al Padre en unión con Cristo obediente hasta la muerte.

- * Con estos **alimentos** queremos llegar hasta los más necesitados con un gesto fraterno y ser instrumentos de la providencia de Dios.

* En el **pan** y el **vino** que presentamos queremos ofrecer nuestra voluntad de ser hostias vivas en Cristo.

Comunión:

La Eucaristía es una fuerza de unión; nos une al Cuerpo del Salvador y hace que seamos aquello que recibimos.

Salida:

Virgen Santísima, que en todo acontecimiento sepamos reconocer cómo el Señor es bondadoso y adoremos su designio de salvarnos y conducirnos hacia la santidad.

(Gentileza del Monasterio “Santa Teresa de los Andes” (SSVM) _ San Rafael _ Argentina)

Advertencia

Como bien sabemos, durante el Ciclo B, en el cual nos encontramos, leemos el Evangelio según San Marcos. El domingo pasado, Domingo XVI del Tiempo Ordinario, leímos Mc 6,30-34. A este texto de San Marcos sigue la primera multiplicación de los panes (Mc 6,35-44), que siguiendo la lógica coherente del Ciclo B deberíamos haber leído hoy, Domingo XVII del Tiempo Ordinario. Sin embargo, la Iglesia, madre sabia y amorosa, viendo el profundo sentido eucarístico que tiene este milagro, quiere que lo leamos del Evangelio según San Juan. ¿Por qué la Iglesia quiere esto? Porque en San Juan el milagro de la primera multiplicación de los panes es más evidentemente eucarístico que en San Marcos. Este milagro en San Juan es más evidentemente eucarístico en sí mismo, en su mismo relato, como se hace notar en el texto de Raymond Brown que incluimos en este número de Homilética. Pero, además, San Juan relata también el largo discurso eucarístico de Jesucristo inmediatamente después del milagro, el discurso que conocemos como el “Discurso del Pan de Vida” o también como “Promesa de la Eucaristía”. Este discurso de Jesús, que llena todo el resto del capítulo 6 de San Juan (Jn 6,24-69), está dedicado enteramente a la Eucaristía.

Por estos motivos, aún en medio del Ciclo B, la Iglesia se aparta de la lectura del Evangelio de San Marcos y consagra cinco domingos a leer todo el capítulo 6 de San Juan, según la siguiente secuencia:

Nº de Domingo Ciclo B	Fecha	Evangelio
Domingo XVII	29 de julio de 2018	Jn 6,1-15
Domingo XVIII	5 de agosto de 2018	Jn 6,24-35
Domingo XIX	12 de agosto de 2018	Jn 6,41-51
Domingo XX	19 de agosto de 2018	Jn 6,51-58
Domingo XXI	26 de agosto de 2018	Jn 6,60-69

Creemos que es una hermosa oportunidad de hacer una profunda catequesis sobre el Sacramento de la Eucaristía comentando en cinco domingos el milagro de la multiplicación de los panes y la interpretación que de él hace el mismo Jesucristo. Creemos que se puede hacer ahora el plan de predicación para estos cinco domingos que siguen, y esta es la razón de esta advertencia del equipo de Homilética.

Párrafos del Catecismo de la Iglesia Católica sugeridos por el Directorio Homilético

Decimoséptimo domingo del Tiempo Ordinario (B):

CEC 1335: el milagro de los panes y los peces prefigura la Eucaristía

CEC 814-815, 949-959: compartir los dones en la comunidad de la Iglesia

1335 Los milagros de la multiplicación de los panes, cuando el Señor dijo la bendición, partió y distribuyó los panes por medio de sus discípulos para alimentar la multitud, prefiguran la sobreabundancia de este único pan de su Eucaristía (cf. Mt 14,13-21; 15, 32-29). El signo del agua convertida en vino en Caná (cf Jn 2,11) anuncia ya la Hora de la glorificación de Jesús. Manifiesta el cumplimiento del banquete de las bodas en el Reino del Padre, donde los fieles beberán el vino nuevo (cf Mc 14,25) convertido en Sangre de Cristo.

814 Desde el principio, esta Iglesia una se presenta, no obstante, con una gran diversidad que procede a la vez de la variedad de los dones de Dios y de la multiplicidad de las personas que los reciben. En la unidad del Pueblo de Dios se reúnen los diferentes pueblos y culturas. Entre los miembros de la Iglesia existe una diversidad de dones, cargos, condiciones y modos de vida; "dentro de la comunión eclesial, existen legítimamente las Iglesias particulares con sus propias tradiciones" (LG 13). La gran riqueza de esta diversidad no se opone a la unidad de la Iglesia. No obstante, el pecado y el peso de sus consecuencias amenazan sin cesar el don de la unidad. También el apóstol debe exhortar a "guardar la unidad del Espíritu con el vínculo de la paz" (Ef 4, 3).

815 ¿Cuáles son estos vínculos de la unidad? "Por encima de todo esto revestíos del amor, que es el vínculo de la perfección" (Col 3, 14). Pero la unidad de la Iglesia peregrina está asegurada por vínculos visibles de comunión:

- la profesión de una misma fe recibida de los apóstoles;
 - la celebración común del culto divino, sobre todo de los sacramentos;
 - la sucesión apostólica por el sacramento del orden, que conserva la concordia fraterna de la familia de Dios (cf UR 2; LG 14; CIC, can. 205).
-

I LA COMUNION DE LOS BIENES ESPIRITUALES

949 En la comunidad primitiva de Jerusalén, los discípulos "acudían asiduamente a la enseñanza de los apóstoles, a la comunión, a la fracción del pan y a las oraciones" (Hch 2, 42):

La comunión en la fe. La fe de los fieles es la fe de la Iglesia recibida de los Apóstoles, tesoro de vida que se enriquece cuando se comparte.

950 La comunión de los sacramentos. "El fruto de todos los Sacramentos pertenece a todos. Porque los Sacramentos, y sobre todo el Bautismo que es como la puerta por la que los hombres entran en la Iglesia, son otros tantos vínculos sagrados que unen a todos y los ligan a Jesucristo. La comunión de los santos es la comunión de los sacramentos ... El nombre de comunión puede aplicarse a cada uno de ellos, porque cada uno de ellos nos une a Dios ... Pero este nombre es más propio de la Eucaristía que de cualquier otro, porque ella es la que lleva esta comunión a su culminación" (Catech. R. 1, 10, 24).

951 La comunión de los carismas : En la comunión de la Iglesia, el Espíritu Santo "reparte gracias especiales entre los fieles" para la edificación de la Iglesia (LG 12). Pues bien, "a cada cual se le otorga la manifestación del Espíritu para provecho común" (1 Co 12, 7).

952 "Todo lo tenían en común" (Hch 4, 32): "Todo lo que posee el verdadero cristiano debe considerarlo como un bien en común con los demás y debe estar dispuesto y ser diligente para socorrer al necesitado y la miseria del prójimo" (Catech. R. 1, 10, 27). El cristiano es un administrador de los bienes del Señor (cf. Lc 16, 1, 3).

953 La comunión de la caridad : En la "comunión de los santos" "ninguno de nosotros vive para sí mismo; como tampoco muere nadie para sí mismo" (Rm 14, 7). "Si sufre un miembro, todos los demás sufren con él. Si un miembro es honrado, todos los demás toman parte en su gozo. Ahora bien, vosotros sois el

cuerpo de Cristo, y sus miembros cada uno por su parte" (1 Co 12, 26-27). "La caridad no busca su interés" (1 Co 13, 5; cf. 10, 24). El menor de nuestros actos hecho con caridad repercute en beneficio de todos, en esta solidaridad entre todos los hombres, vivos o muertos, que se funda en la comunión de los santos. Todo pecado daña a esta comunión.

II LA COMUNION ENTRE LA IGLESIA DEL CIELO Y LA DE LA TIERRA

954 Los tres estados de la Iglesia. "Hasta que el Señor venga en su esplendor con todos sus ángeles y, destruida la muerte, tenga sometido todo, sus discípulos, unos peregrinan en la tierra; otros, ya difuntos, se purifican; mientras otros están glorificados, contemplando `claramente a Dios mismo, uno y trino, tal cual es'" (LG 49):

Todos, sin embargo, aunque en grado y modo diversos, participamos en el mismo amor a Dios y al prójimo y cantamos un mismo himno de alabanza a nuestro Dios. En efecto, todos los de Cristo, que tienen su Espíritu, forman una misma Iglesia y están unidos entre sí en él (LG 49).

955 "La unión de los miembros de la Iglesia peregrina con los hermanos que durmieron en la paz de Cristo de ninguna manera se interrumpe. Más aún, según la constante fe de la Iglesia, se refuerza con la comunicación de los bienes espirituales" (LG 49).

956 La intercesión de los santos. "Por el hecho de que los del cielo están más íntimamente unidos con Cristo, consolidan más firmemente a toda la Iglesia en la santidad...no dejan de interceder por nosotros ante el Padre. Presentan por medio del único Mediador entre Dios y los hombres, Cristo Jesús, los méritos que adquirieron en la tierra... Su solicitud fraterna ayuda, pues, mucho a nuestra debilidad" (LG 49):

No lloréis, os seré más útil después de mi muerte y os ayudaré más eficazmente que durante mi vida (Santo Domingo, moribundo, a sus hermanos, cf. Jordán de Sajonia, lib 43).

Pasaré mi cielo haciendo el bien sobre la tierra (Santa Teresa del Niño Jesús, verba).

957 La comunión con los santos. "No veneramos el recuerdo de los del cielo tan sólo como modelos nuestros, sino, sobre todo, para que la unión de toda la Iglesia en el Espíritu se vea reforzada por la práctica del amor fraterno. En efecto, así como la unión entre los cristianos todavía en camino nos lleva más cerca de Cristo, así la comunión con los santos nos une a Cristo, del que mana, como de Fuente y Cabeza, toda la gracia y la vida del Pueblo de Dios" (LG 50):

Nosotros adoramos a Cristo porque es el Hijo de Dios: en cuanto a los mártires, los amamos como discípulos e imitadores del Señor, y es justo, a causa de su devoción incomparable hacia su rey y maestro; que podamos nosotros, también nosotros, ser sus compañeros y sus condiscípulos (San Policarpo, mart. 17).

958 La comunión con los difuntos. "La Iglesia peregrina, perfectamente consciente de esta comunión de todo el Cuerpo místico de Jesucristo, desde los primeros tiempos del cristianismo honró con gran piedad el recuerdo de los difuntos y también ofreció por ellos oraciones `pues es una idea santa y provechosa orar por los difuntos para que se vean libres de sus pecados' (2 M 12, 45)" (LG 50). Nuestra oración por ellos puede no solamente ayudarles sino también hacer eficaz su intercesión en nuestro favor.

959 ... en la única familia de Dios. "Todos los hijos de Dios y miembros de una misma familia en Cristo, al unirnos en el amor mutuo y en la misma alabanza a la Santísima Trinidad, estamos respondiendo a la íntima vocación de la Iglesia" (LG 51).

2. EXÉGESIS

Raymond Brown

La multiplicación de los panes

(Jn 6,1-15)

Después de un intervalo de tiempo indefinido, Juan retoma el relato en Galilea, la primavera sucesiva (cf. Jn.2,3). Estamos cerca de la segunda Pascua. La multiplicación de los panes y de los peces es narrada, en los cuatro evangelios, sustancialmente de la misma forma, con variantes menores sobre la localidad y la circunstancia. (El lector debería prestar particular atención a confrontar entre sí las versiones de San Juan y de San Marcos). Lucas y Juan tienen una sola multiplicación de los panes. Mateo y Marcos relatan dos. (...)

En Juan no se encuentra ninguna enseñanza antes de la multiplicación de los panes (cf. Mc.6,34). Jesús está sentado sobre la cima de un monte (¿recuerdo del Sinaí?) en espera de la muchedumbre y pone la cuestión de cómo procurar alimento para tanta gente. El ingreso en escena de los nuevos personajes Felipe y Andrés es típico de Juan (cf. Jn.1,40.43-44; 12,22). Solamente Juan menciona un joven (o ‘siervo’) y algunos panes de cebada, detalles que hacen pensar al milagro de Eliseo (2Re.4,42-44).

El relato de la multiplicación de los panes en el cuarto evangelio presenta algunos detalles determinados tendientes a recordar al lector cristiano la eucaristía (sobre la cual vuelve el relato en los vv. 51-58). En efecto, sólo Juan: a) utiliza el verbo *eucharisteo*, “dar gracias”, del cual deriva “eucaristía”; b) sólo Juan dice que fue Jesús mismo el que distribuyó los panes, como hará en la última cena; c) solamente Juan cuenta que Jesús *ordenó* a sus discípulos recoger los fragmentos para que no se pierdan (el término griego “recoger” es *synágo*, de donde proviene “sinaxis”, la primera parte de la misa. El término griego que se usa para decir “fragmentos”, *klasma*, aparece en la literatura cristiana primitiva como nombre técnico para indicar la hostia eucarística).

En Marcos, Jesús obliga a los discípulos a partir inmediatamente (cf. Mc.6,45); solamente Juan da la razón de esto, es decir, que la muchedumbre quería tomar a Jesús y hacerlo rey (nótese el modo en que Jesús es tentado en los capítulos 6-7 y compáreselo con la tercera tentación, Mt.4,8-9).

(BROWN, R., *Il Vangelo e le Lettere di Giovanni. Breve comentario*, Ed. Queriniana, Brescia, 1994, p. 58-60; traducción del equipo de Homilética)

3. COMENTARIO TEOLÓGICO

Benedicto XVI

La multiplicación de los panes como *signo*

El tema del pan ya lo hemos abordado detalladamente al tratar las tentaciones de Jesús; hemos visto que la tentación de convertir las piedras del desierto en pan plantea toda la problemática de la misión del Mesías; además, en la deformación de esta misión por el demonio, aparece ya de forma velada la respuesta positiva de Jesús, que luego se esclarecerá definitivamente con la entrega de su cuerpo como pan para la vida del mundo en la noche anterior a la pasión. También hemos encontrado la temática del pan en la explicación de la cuarta petición del Padrenuestro, donde hemos intentado considerar las distintas dimensiones de esta petición y, con ello, llegar a una visión de conjunto del tema del pan en todo su alcance. Al final de la vida pública de Jesús en Galilea, la multiplicación de los panes se convierte, por un lado, en el signo eminente de la

misión mesiánica de Jesús, pero al mismo tiempo en una encrucijada de su actuación, que a partir de entonces se convierte claramente en un camino hacia la cruz. Los tres Evangelios sinópticos relatan que dio de comer milagrosamente a cinco mil hombres (cf. Mt 14, 33-21; Mc 6, 32-44; Lc 9, 10b-17); Mateo y Marcos narran, además, que también dio de comer a cuatro mil personas (cf. Mt 15, 32-38; Mc 8, 1-9).

No podemos adentrarnos aquí en el rico contenido teológico de ambos relatos. Me limitaré a la multiplicación de los panes narrada por Juan (cf. Jn 6, 1-15); tampoco se la puede analizar aquí en detalle; así que nuestra atención se centrará directamente en la interpretación del acontecimiento que Jesús propone en su gran sermón sobre el pan al día siguiente en la sinagoga, al otro lado del lago. Hay que añadir una limitación más: no podemos considerar en todos sus pormenores este gran sermón que ha sido muy estudiado, y frecuentemente desmenuzado con meticulosidad por los exegetas. Sólo quisiera intentar poner de relieve sus grandes líneas y, sobre todo, ponerlo en su lugar dentro de todo el contexto de la tradición a la que pertenece y a partir del cual hay que entenderlo.

El contexto fundamental en que se sitúa todo el capítulo es la comparación entre Moisés y Jesús: Jesús es el Moisés definitivo y más grande, el «profeta» que Moisés anunció a las puertas de la tierra santa y del que dijo Dios: «Pondré mis palabras en su boca y les diré lo que yo le mande» (Dt 18, 18). Por eso no es casual que al final de la multiplicación de los panes, y antes de que intentaran proclamar rey a Jesús, aparezca la siguiente frase: «Éste sí que es el profeta que tenía que venir al mundo» (Jn 6, 14); del mismo modo que tras el anuncio del agua de la vida, en la fiesta de las Tiendas, las gentes decían: «Éste es de verdad el profeta» (7, 40). Teniendo, pues, a Moisés como trasfondo, aparecen los requisitos que debía tener Jesús. En el desierto, Moisés había hecho brotar agua de la roca, Jesús promete el agua de la vida, como hemos visto. Pero el gran don que se perfilaba en el recuerdo era sobre todo el maná: Moisés había regalado el pan del cielo, Dios mismo había alimentado con pan del cielo al pueblo errante de Israel. Para un pueblo en el que muchos sufrían el hambre y la fatiga de buscar el pan cada día, ésta era la promesa de las promesas, que en cierto modo lo resumía todo: la eliminación de toda necesidad, el don que habría saciado el hambre de todos y para siempre.

Antes de retomar esta idea, a partir de la cual se ha de entender el capítulo 6 del Evangelio de Juan, debemos completar la imagen de Moisés, pues sólo así se precisa también la imagen que Juan tiene de Jesús. El punto central del que hemos partido en este libro, y al que siempre volvemos, es que Moisés hablaba cara a cara con Dios, «como un hombre habla con su amigo» (Ex 33, 11; cf. Dt 34, 10). Sólo porque hablaba con Dios mismo podía llevar la Palabra de Dios a los hombres. Pero sobre esta cercanía con Dios, que se encuentra en el núcleo de la misión de Moisés y es su fundamento interno, se cierne una sombra. Pues a la petición de Moisés: «¡Déjame ver tu gloria!» —en el mismo instante en que se habla de su amistad con Dios, de su acceso directo a Dios—, sigue la respuesta: «Cuando pase mi gloria te pondré en una hendidura de la roca y te cubriré con mi palma hasta que yo haya pasado, y cuando retire la mano, verás mis espaldas, porque mi rostro no se puede ver» (Ex 33, 18.22s). Así pues, Moisés ve sólo la espalda de Dios, porque su rostro «no se puede ver». Se percibe claramente la limitación impuesta también a Moisés.

La clave decisiva para la imagen de Jesús en el Evangelio de Juan se encuentra en la afirmación conclusiva del Prólogo: «A Dios nadie lo ha visto jamás; el Hijo único, que está en el seno del Padre, es quien lo ha dado a conocer» (Jn 1, 18). Sólo quien es Dios, ve a Dios: Jesús. Él habla realmente a partir de la visión del Padre, a partir del diálogo permanente con el Padre, un diálogo que es su vida. Si Moisés nos ha mostrado y nos ha podido mostrar sólo la espalda de Dios, Jesús en cambio es la Palabra que procede de Dios, de la contemplación viva, de la unidad con Él. Relacionados con esto hay otros dos dones de Moisés que en Cristo adquieren su forma definitiva: Dios ha comunicado su nombre a Moisés, haciendo posible así la relación entre Él y los hombres; a través de la transmisión del nombre que le ha sido manifestado, Moisés se convierte en mediador de una verdadera relación de los hombres con el Dios vivo; sobre esto ya hemos reflexionado al tratar la primera petición del Padrenuestro. En su oración sacerdotal Jesús acentúa que Él manifiesta el nombre de Dios, llevando a su fin también en este punto la obra iniciada por Moisés. Cuando tratemos la oración sacerdotal de Jesús tendremos que analizar con más detalle esta afirmación: ¿en qué sentido revela Jesús el «nombre» de Dios más allá de lo que lo hizo Moisés?

El otro don de Moisés, estrechamente relacionado tanto con la contemplación de Dios y la manifestación de su nombre como con el maná, y a través del cual el pueblo de Israel se convierte en pueblo de Dios, es la Torá; la palabra de Dios, que muestra el camino y lleva a la vida. Israel ha reconocido cada vez con mayor claridad que éste es el don fundamental y duradero de Moisés; que lo que realmente distingue a Israel es que conoce la voluntad de Dios y, así, el recto camino de la vida. El gran Salmo 119 es toda una explosión de alegría y agradecimiento por este don. Una visión unilateral de la Ley, que resulta de una interpretación unilateral de la teología paulina, nos impide ver esta alegría de Israel: la alegría de conocer la

voluntad de Dios y, así, poder y tener el privilegio de vivir esa voluntad.

Con esta idea hemos vuelto —aunque parezca de modo inesperado— al sermón sobre el pan. En el desarrollo interno del pensamiento judío ha ido aclarándose cada vez más que el verdadero pan del cielo, que alimentó y alimenta a Israel, es precisamente la Ley, la palabra de Dios. En la literatura sapiencial, la sabiduría, que se hace presente y accesible en la Ley, aparece como «pan» (Pr 9, 5); la literatura rabínica ha desarrollado más esta idea (Barrett, p. 301). Desde esta perspectiva hemos de entender el debate de Jesús con los judíos reunidos en la sinagoga de Cafarnaún. Jesús llama la atención sobre el hecho de que no han entendido la multiplicación de los panes como un «signo» —como era en realidad—, sino que todo su interés se centraba en lo referente al comer y saciarse (cf. Jn 6, 26). Entendían la salvación desde un punto de vista puramente material, el del bienestar general, y con ello rebajaban al hombre y, en realidad, excluían a Dios. Pero si veían el maná sólo desde el punto de vista del saciarse, hay que considerar que éste no era pan del cielo, sino sólo pan de la tierra. Aunque viniera del «cielo» era alimento terrenal; más aún, un sucedáneo que se acabaría en cuanto salieran del desierto y llegaran a tierra habitada.

Pero el hombre tiene hambre de algo más, necesita algo más. El don que alimente al hombre en cuanto hombre debe ser superior, estar a otro nivel. ¿Es la Torá ese otro alimento? En ella, a través de ella, el hombre puede de algún modo hacer de la voluntad de Dios su alimento (cf. Jn 4, 34)- Sí, la Torá es «pan» que viene de Dios; pero sólo nos muestra, por así decirlo, la espalda de Dios, es una «sombra». «El pan de Dios es el que baja del cielo y da la vida al mundo» (Jn 6,33). Como los que le escuchaban seguían sin entenderlo, Jesús lo repite de un modo inequívoco: «Yo soy el pan de vida. El que viene a mí no pasará hambre, y el que cree en mí no pasará nunca sed» (Jn 6, 35).

La Ley se ha hecho Persona. En el encuentro con Jesús nos alimentamos, por así decirlo, del Dios vivo, comemos realmente el «pan del cielo». De acuerdo con esto, Jesús ya había dejado claro antes que lo único que Dios exige es creer en Él. Los oyentes le habían preguntado: «¿Cómo podremos ocuparnos del trabajo que Dios quiere?» (Jn 6, 28). La palabra griega aquí utilizada, *ergázesthai*, significa «obtener a través del trabajo» (Barrett, p. 298). Los que escuchan están dispuestos a trabajar, a actuar, a hacer «obras» para recibir ese pan; pero no se puede «ganar» sólo mediante el trabajo humano, mediante el propio esfuerzo. Únicamente puede llegar a nosotros como don de Dios, como obra de Dios: toda la teología paulina está presente en este diálogo. La realidad más alta y esencial no la podemos conseguir por nosotros mismos; tenemos que dejar que se nos conceda y, por así decirlo, entrar en la dinámica de los dones que se nos conceden. Esto ocurre en la fe en Jesús, que es diálogo y relación viva con el Padre, y que en nosotros quiere convertirse de nuevo en palabra y amor.

Pero con ello no se responde todavía del todo a la pregunta de cómo podemos nosotros «alimentarnos» de Dios, vivir de Él de tal forma que Él mismo se convierta en nuestro pan. Dios se hace «pan» para nosotros ante todo en la encarnación del Logos: la Palabra se hace carne. El Logos se hace uno de nosotros y entra así en nuestro ámbito, en aquello que nos resulta accesible. Pero por encima de la encarnación de la Palabra, es necesario todavía un paso más, que Jesús menciona en las palabras finales de su sermón: su carne es vida «para» el mundo (6, 51). Con esto se alude, más allá del acto de la encarnación, al objetivo interior y a su última realización: la entrega que Jesús hace de sí mismo hasta la muerte y el misterio de la cruz.

Esto se ve más claramente en el versículo 53, donde el Señor menciona además su sangre, que Él nos da a «beber». Aquí no sólo resulta evidente la referencia a la Eucaristía, sino que además se perfila aquello en que se basa: el sacrificio de Jesús que derrama su sangre por nosotros y, de este modo, sale de sí mismo, por así decirlo, se derrama, se entrega a nosotros.

Así pues, en este capítulo, la teología de la encarnación y la teología de la cruz se entrecruzan; ambas son inseparables. No se puede oponer la teología pascual de los sinópticos y de san Pablo a una teología supuestamente pura de la encarnación en san Juan. La encarnación de la Palabra de la que habla el Prólogo apunta precisamente a la entrega del cuerpo en la cruz que se nos hace accesible en el sacramento. Juan sigue aquí la misma línea que desarrolla la Carta a los Hebreos partiendo del Salmo 40, 6-8: «Tú no quieres sacrificios ni ofrendas, pero me has preparado un cuerpo» (Hb 10, 5). Jesús se hace hombre para entregarse y ocupar el lugar del sacrificio de los animales, que sólo podían ser el gesto de un anhelo, pero no una respuesta.

Las palabras de Jesús sobre el pan, por un lado, orientan el gran movimiento de la encarnación y del camino pascual hacia el sacramento en el que encarnación y Pascua siempre coexisten, pero por otra parte,

introduce también el sacramento, la sagrada Eucaristía, en el gran contexto del descenso de Dios hacia nosotros y por nosotros. Así, por un lado se acentúa expresamente el puesto de la Eucaristía en el centro de la vida cristiana: aquí Dios nos regala realmente el maná que la humanidad espera, el verdadero «pan del cielo», aquello con lo que podemos vivir en lo más hondo como hombres. Pero al mismo tiempo se ve la Eucaristía como el gran encuentro permanente de Dios con los hombres, en el que el Señor se entrega como «carne» para que en Él, y en la participación en su camino, nos convirtamos en «espíritu». Del mismo modo que Él, a través de la cruz, se transformó en una nueva forma de corporeidad y humanidad que se compenetra con la naturaleza de Dios, esa comida debe ser para nosotros una apertura de la existencia, un paso a través de la cruz y una anticipación de la nueva existencia, de la vida en Dios y con Dios

Por ello, al final del discurso, donde se hace hincapié en la encarnación de Jesús y el comer y beber «la carne y la sangre del Señor», aparece la frase: «El Espíritu es quien da la vida; la carne no sirve de nada» (Jn 6, 63). Esto nos recuerda las palabras de san Pablo: «El primer hombre, Adán, se convirtió en ser vivo. El último Adán, en espíritu que da vida» (1 Co 15, 45). No se anula nada del realismo de la encarnación, pero se subraya la perspectiva pascual del sacramento: sólo a través de la cruz y de la transformación que ésta produce se nos hace accesible esa carne, arrastrándonos también a nosotros en el proceso de dicha transformación. La devoción eucarística tiene que aprender siempre de esta gran dinámica cristológica, más aún, cósmica.

Para entender en toda su profundidad el sermón de Jesús sobre el pan debemos considerar, finalmente, una de las palabras clave del Evangelio de Juan, que Jesús pronuncia el Domingo de Ramos en previsión de la futura Iglesia universal, que incluirá a judíos y griegos -a todos los pueblos del mundo—: «Os aseguro que, si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda infecundo; pero, si muere, da mucho fruto» (12, 24). En lo que denominamos «pan» se contiene el misterio de la pasión. El pan presupone que la semilla —el grano de trigo— ha caído en la tierra, «ha muerto», y que de su muerte ha crecido después la nueva espiga. El pan terrenal puede llegar a ser portador de la presencia de Cristo porque lleva en sí mismo el misterio de la pasión, reúne en sí muerte y resurrección. (...)

Lo mismo puede decirse del vino. También él comporta una pasión: ha sido prensado, y así la uva se ha convertido en vino. Los Padres han ido más lejos en su interpretación de este lenguaje oculto de los dones eucarísticos. Me gustaría mencionar aquí sólo un ejemplo. En la denominada Didaché (tal vez en torno al año 100) se implora sobre el pan destinado a la Eucaristía: «Como este pan partido estaba esparcido por las montañas y al ser reunido se hizo uno, que también tu Iglesia sea reunida de los extremos de la tierra en tu reino» (IX, 4).

(JOSEPH RATZINGER - BENEDICTO XVI, *Jesús de Nazaret* (I), Ed. Planeta, Santiago de Chile, 2007, pág. 310-20)

4. SANTOS PADRES

San Juan Crisóstomo

1. Mirad cómo en todo momento se retira el Señor: cuando Juan fue prendido, cuando se le mató, cuando los judíos oyeron decir que hacía muchos discípulos. Es que a la mayor parte de sus acciones les daba Él un sesgo más bien humano, pues todavía no era llegado el momento de revelar a plena luz su divinidad. De ahí que soliera mandar a sus discípulos que a nadie dijeran ser Él el Cristo o Mesías, pues esto lo quería revelar señaladamente después de su resurrección. De ahí también que no se mostrara muy duro con los judíos que, por de pronto, no creían en Él, sino que fácilmente los excusaba y perdonaba. Al retirarse, empero, no se dirige a una ciudad, sino al desierto, y monta en una barca, con el fin de que no le siguiera nadie. Más considerad, os ruego, cómo los discípulos de Juan se adhieren ahora más estrechamente a Jesús, pues ellos fueron los que le vinieron a dar la noticia de lo sucedido y, dejándolo todo, en Él buscaron un refugio para adelante. Así, no era poco lo que habían logrado tanto la desgracia del maestro como la respuesta que antes les diera Jesús mismo. —Más ¿por qué razón no se retiró antes de que ellos le dijeran la noticia, cuando Él lo sabía todo antes de que vinieran a decirle nada? —Porque quería mostrar por todos medios la verdad de su encarnación, y no quería que quedara probada sólo por la vista,

sino también por sus obras. Sabía Él muy bien la astucia del diablo y cómo no había de dejar piedra por mover para destruir esa fe en la verdad de su encarnación. Ahora bien, si Él se retira por esa razón que decimos, las muchedumbres ni aun así quisieron apartarse de su lado, sino que obstinadamente le fueron siguiendo, sin que el mismo drama de Juan los amedrentara. Tanto puede el amor, tanto puede la caridad, que lo vence todo y rompe por todos los obstáculos. Por eso, inmediatamente recibieron su recompensa. Porque, en saliendo—dice el evangelista—Jesús de la barca, vio una inmensa muchedumbre y hubo lástima de ellos y curó a sus enfermos, Ciertamente, pues, que era grande la adhesión de la muchedumbre; pero lo que Jesús hace sobrepasa la paga del más ardiente fervor. De ahí que el evangelista ponga por causa de estas curaciones la misericordia del Señor—una extrema misericordia—: Y los curó a todos. Aquí no, exige el Señor fe a los enfermos. A la verdad, el acercarse a Él, el abandonar sus ciudades, el irle buscando con tanta diligencia, el perseverar, no obstante el apremio del hambre, bastantemente ponía de manifiesto la fe que todos tenían en Él. También les ha de dar de comer; pero no quiere hacerlo por propio impulso, sino que espera a que se lo supliquen; pues, como alguna vez he dicho, guarda siempre el Señor la norma de no adelantarse a los milagros, sino esperar a que se los pidan. —Y ¿por qué no se le acercó nadie de la muchedumbre a hablarle en favor de los demás? —Porque le tenían extraordinario respeto y, por otra parte, el deseo de estar a su lado no les dejaba sentir el hambre. Es más, ni los mismos discípulos, que se le acercaron, le dijeron: "Dales de comer", pues sus disposiciones eran aún demasiado imperfectas. ¿Qué le dicen, pues? Venida la tarde—prosigue el evangelista—, acercáronse sus discípulos para decirle: El lugar es desierto y la hora de comer ha pasado ya. Despacha a la muchedumbre, a fin de que vayan a comprarse qué comer. Porque, si aun después de cumplido el milagro, si aun después de los doce canastos de sobras, se olvidaron de él y cuando el Señor llamó levadura a la doctrina de los fariseos pensaron que les hablaba del pan ordinario, mucho menos podían esperar prodigio semejante antes de tener experiencia de lo que podía el Señor. Ciertamente que antes había curado a muchos enfermos; sin embargo, ni aun así pudieron barruntar el milagro de la multiplicación de los panes. Tan imperfectos eran por entonces.

JESÚS HACE EL PRODIGIO

Más vosotros, os ruego, considerad la sabiduría del maestro y qué discretamente los va conduciendo a la fe. Porque no les dijo de pronto: "Yo les voy a dar de comer", pues no les hubiera parecido creíble. Más Jesús—dice el evangelista—les dijo. ¿Y qué les dijo? No tienen necesidad de irse: Dadles vosotros de comer. No dijo: "Yo les daré de comer", sino: Dadles vosotros de comer. Es que todavía le miraban como a un hombre. Y de hecho, ni aun así caen en la cuenta, sino que como con un hombre siguen hablando con Él y le contestan: No tenemos más que cinco panes y dos peces. De ahí que Marcos advierta que los discípulos no entendieron lo que el Señor les dijo; pues su corazón estaba endurecido¹. Como ellos, pues, se arrastraban de aquel modo por la tierra, entonces es cuando el Señor interviene decididamente y les dice: Traedme aquí esos panes. Porque si el lugar es desierto, aquí está el que alimenta a la tierra entera. Si la hora de comer ha pasado ya, ahora os habla el que no está sujeto a hora ninguna. Juan, por su parte², nos cuenta que los panes eran de cebada, pormenor que el evangelista añade no sin motivo, pues por él nos quiere enseñar a que pisoteemos el fausto de las comidas suntuosas. Tal era también la mesa de los profetas. Habiendo, pues, tomado el Señor los cinco panes y los dos peces, mandó—dice el evangelista—que se sentara la gente sobre la hierba y, levantando sus ojos al cielo, los bendijo. Luego, partidos, se los dio a sus discípulos, y los discípulos a la muchedumbre, y comieron todos y se hartaron, y recogieron lo sobrante: doce cestos llenos de pedazos. Y los que comieron eran unos cinco mil hombres, sin contar a las mujeres y niños.

CONSIDERACIONES SOBRE EL MILAGRO

2. ¿Por qué levantó el Señor los ojos al cielo y echó la bendición? Porque era menester que se creyera que había Él venido del Padre y que era igual al Padre. Ahora bien, las pruebas de una y otra verdad parecían pugnar entre sí. Porque su igualdad con el Padre se manifestaba en la autoridad personal con que lo hacía todo; su dependencia, en cambio, del mismo Padre no podían creerla sino por la humildad con que obraba y todo lo refería a Él y le invocaba al realizar sus prodigios. De ahí justamente que no apela a un solo procedimiento, a fin de que ambas verdades queden bien asentadas. Y así, ora realiza sus prodigios por su propia autoridad, ora invocando a su Padre. Más, porque no parezca que hay contradicción

¹ Mc 6, 5

² Jn 6, 1

entre lo uno y lo otro, es de notar como en los casos menores levanta sus ojos al cielo y en los mayores obra Él por su cuenta, con lo que nos quiere enseñar que, si en los menores ora y levanta sus ojos, no es porque la fuerza le haya de venir de otra parte, sino porque quiere Él glorificar a su Padre. Así, cuando perdonó los pecados, y abrió el paraíso e introdujo en él al buen ladrón, y derogó con absoluta autoridad la antigua ley, y resucitó innumerables muertos, y le puso freno al mar, y descubrió los íntimos secretos de los hombres, y fabricó un ojo, hazañas que sólo a Dios y a nadie más que a Dios pertenecen, no se ve en ninguna parte que necesitara hacer oración; aquí, empero, cuando se dispone a multiplicar los panes, que era mucho menos que todo lo antes dicho, vemos que ora y levanta sus ojos al cielo. Y no hay duda que eso es lo que quiere demostrar, pero juntamente enseñarnos a no tocar el alimento antes de dar gracias al Señor, que nos lo procura. Y ¿por qué no crea el Señor los panes de la nada? Porque quiere tapar las bocas de Marción y de Maniqueo, que le niegan la creación, y enseñarnos así por los hechos mismos que también las cosas visibles todas son obra y creación suya, y que el que da ahora los frutos de la tierra es el mismo que dijo al principio: Produzca la tierra hierba del campo y produzcan las aguan alma de animales que reptan³. Porque no es una obra menor que la otra. Si es cierto que aquellos animales venían de la nada, por lo menos los producían las aguas. Y hacer de cinco tantos miles de panes, y lo mismo de los peces, no es menor hazaña que sacar de la tierra sus frutos, y de las aguas, animales vivientes. Lo cual era señal de ser Él dueño soberano de la tierra y del mar. Había hasta entonces hecho siempre el Señor sus milagros sobre los enfermos; más ahora quiere dispensar un beneficio universal, a fin de que las gentes no fueran sólo espectadoras de lo que sucedía a los otros, sino que todos a par gozasen de su don. Y aquel milagro justamente que a los judíos en el desierto les parecía el colmo de las maravillas, pues decían ellos de Dios: ¿Acaso nos podrá dar pan y poner aquí una mesa en el desierto?⁴, ése es el que entonces realizó el Señor. Por eso sin duda los condujo al desierto, pues así el milagro estaría libre de la más leve sospecha y nadie podría pensar que la mesa se había provisto de alguna aldea cercana. Por eso también el evangelista hace mención no sólo del lugar, sino de la hora.

POBREZA Y DESPRENDIMIENTO DE LOS APÓSTOLES

Otra lección aprendemos también aquí, y es la filosofía de los discípulos en las necesidades de la vida y cómo despreciaban todo regalo. Doce eran, y sólo llevaban cinco panes y dos peces. Tan secundario era para ellos lo corporal y tan por entero estaban entregados a lo espiritual. Y aun lo poco que tenían no sentían apego alguno, sino que apenas se lo piden lo entregan. De ahí podemos aprender que, por poco que tengamos, aun eso debemos darlo a los necesitados. Los discípulos, por lo menos, apenas el Señor les manda que le traigan los panes, se los presentan, y no le dicen: "¿Y de dónde comeremos nosotros? ¿Cómo matar nosotros nuestro propio hombre?" No. Su obediencia fue inmediata. Más aparte todo lo dicho, otra razón, a mi parecer, de multiplicar los panes que allí había y no crearlos de la nada, fue porque quería el Señor llevar a sus discípulos a la fe, que era todavía en ellos demasiado débil. De ahí también que levante sus ojos al cielo. De otros milagros tenían, en efecto, muchos ejemplos; más de milagro como éste, no. Tomando, pues, los panes, los partió y los distribuyó por mano de sus discípulos, con lo que les concedía un alto honor. Si bien no pretendía sólo honrarlos con ello. Quería también que, al realizarse el milagro, no le negaran fe ni, después de pasado, lo olvidaran, pues sus manos mismas habían de atestiguarlo. Por eso permite primero que las muchedumbres sientan hambre, y espera a que sus discípulos se le acerquen y le pregunten, y por su medio hace, que la gente se siente sobre la hierba, y por sus manos les distribuye el pan, pues quiere prevenir a unos y otros por sus mismas confesiones y acciones. De sus manos, en fin, toma los panes, a fin de que haya muchos testimonios del hecho y tengan también muchos recuerdos del milagro. Porque si con todas estas precauciones se olvidaron, ¿qué hubiera sido sin ellas? Y manda a la gente que se sienten sobre la hierba, con lo que les quiere dar una lección de filosofía. No quería el Señor sólo alimentar los cuerpos, sino instruir también las almas.

(SAN JUAN CRISÓSTOMO, Homilías sobre el Evangelio de San Mateo (II), homilía 49, 1 y 2, BAC Madrid 1956, 52-58

³ Gn 1, 11.20

⁴ Sal 77, 20

5. APLICACIÓN

P. José A. Marcone, IVE

La multiplicación de los panes en San Juan

(Jn 6,1-15)

Introducción

San Juan, en su evangelio, llama ‘signos’ (*semeía*) a los milagros de Jesús. En los sinópticos los milagros de Jesús son llamados *dýnamis*, es decir, ‘obras de poder y de autoridad’. En cambio, San Juan los llama ‘signos’, porque deben ‘significar’ otra cosa. No sólo tienen una finalidad concreta y particular en sí mismos, sino que, además, deben significar una verdad sobre Jesús. Los milagros de Jesús, tal como los narra San Juan, van más allá del milagro mismo. Esto queda de manifiesto porque, en varios milagros narrados por San Juan, se relata el milagro y luego Jesús, con sus palabras, interpreta el milagro mismo y explica cuál es la verdad que ese milagro significa.

En el capítulo 5 de San Juan, Jesús hace el milagro-signo de curar a un paralítico (Jn 5,1-18), y luego dice un largo discurso acerca de la obra del Hijo (Jn 5,19-47). En el capítulo 9 se narra el milagro-signo de la curación de un ciego de nacimiento (Jn 9,1-7), pero Jesús con sus palabras explica que ese milagro es para expresar que Él es la luz del mundo y que esa luz llega a nosotros a través del Bautismo (Jn 9,4-5.39-41). En el capítulo 11, antes de realizar el milagro de la resurrección de Lázaro, Jesús explica cuál es la verdad que ese milagro debe manifestar: que Él es la resurrección y la vida (Jn 11,25-27).

1. La Eucaristía en el milagro de la multiplicación

La misma lógica debe aplicarse al milagro que hemos leído hoy, el milagro-signo de la multiplicación de los panes: primero se narra el milagro (Jn 6,1-15) y luego se consigna un largo discurso acerca de la verdad que ese milagro debe significar, es decir, la Eucaristía (Jn 6,26-71).

R. Brown destaca los elementos del milagro que dicen relación a la Eucaristía: “El relato de la multiplicación de los panes en el cuarto evangelio presenta algunos detalles determinados tendientes a recordar al lector cristiano la eucaristía (sobre la cual vuelve el relato en los vv. 51-58). En efecto, sólo Juan: a) utiliza el verbo *eucharisteo*, ‘dar gracias’, del cual deriva ‘eucaristía’; b) sólo Juan dice que fue Jesús mismo el que distribuyó los panes, como hará en la última cena; c) solamente Juan cuenta que Jesús *ordenó* a sus discípulos recoger los fragmentos para que no se pierdan (el término griego ‘recoger’ es *synágo*, de donde proviene ‘sinaxis’, la primera parte de la misa. El término griego que se usa para decir ‘fragmentos’, *klasma*, aparece en la literatura cristiana primitiva como nombre técnico para indicar la hostia eucarística)”⁵.

Por lo tanto, San Juan, cuando relata este milagro, quiere recordar la Eucaristía, es decir, tiene la intención de preparar el discurso que sigue sobre el Cuerpo y Sangre de Cristo.

2. La multiplicación de los panes y el Discurso del Pan de Vida

Por lo que acabamos de decir, la multiplicación de los panes que hemos leído hoy (Jn 6,1-15) y el Discurso del Pan de Vida que le sigue (Jn 6,26-59), forman una unidad. Ahora bien, esa unidad está estructurada como en tres momentos. El primer momento está constituido por el milagro de la multiplicación de los panes (6,1-15). El segundo momento es el trozo que va de 6,22 a 6,51; la afirmación fundamental de este

⁵ BROWN, R., *Il Vangelo e le Lettere di Giovanni. Breve comentario*, Ed. Queriniana, Brescia, 1994, p. 59 - 60; traducción nuestra.

trozo es que Jesús es el verdadero pan de vida en el cual hay que creer para alcanzar la vida eterna. El tercer momento es el trozo que va de 6,51 a 6,59, donde se aclara que ese pan que va a dar Jesús es su carne.

Jesús le da de comer a una multitud multiplicando los panes. Lo hace como un acto de misericordia para el que tiene hambre, pero más que eso el milagro es un signo. El hecho que Jesús pueda dar el pan y saciar en sentido terreno debe demostrar que Él en persona es el pan de la vida y puede dar la vida eterna, imperecedera. Precisamente de esto último es de lo que Jesús tratará de convencer a la gente que lo escucha y que se consigna en los versículos 22 al 51. Todos estos versículos se resumen en la frase: “Yo soy el pan de la vida; el que viene a mí no tendrá más hambre y el que cree en mí no tendrá más sed” (6,35).

Lo que significa el pan material para la vida temporal y terrena del hombre lo es Jesús para la vida eterna y celestial del hombre. Para que el pan me mantenga en vida debo comerlo. Para que Jesús me dé la vida, debo creer en Él, debo tener fe en Él. Jesús se esfuerza por hacernos entender que la fe en Él es mucho más beneficiosa que la abundancia de pan material (tanto cuanto es más beneficiosa la vida eterna que la vida temporal) y se esfuerza por despertar nuestro interés por el don esencial de la comunión con Él.

En el tercer momento del discurso Jesús explica más a fondo qué significa ser el *pan de la vida*. Jesús es ‘el pan de la vida’ no sólo porque es el Hijo de Dios y es objeto de fe (primera parte del discurso, 6,22-51), sino también porque ha entregado su vida en la cruz por nosotros y porque nos da su cuerpo y su sangre como comida y bebida (al igual que el pan es entregado para ser partido, repartido y comido).

El versículo clave es 6,51. En la primera parte de este versículo se dice: “Yo soy el pan vivo, bajado del cielo. Si uno come de este pan, vivirá para siempre”. Y en la segunda parte: “Y el pan que yo les voy a dar, es mi carne por la vida del mundo”. El discurso hasta aquí se refería en general al hecho que Jesús es el pan de la vida; pero ahora Él dice que este pan es su carne, o sea Jesús mismo en la plenitud de la propia existencia humana. Se trata además de *carne dada* lo cual implica una entrega, un sacrificio, el sacrificio de su cuerpo. Además, implica que se trata de un regalo gratuito.

Conclusión

En el Padre Nuestro pedimos: ‘Danos hoy nuestro pan de cada día’. En el original griego de los evangelios se dice textualmente: ‘El pan nuestro *epioúsion* dánoslo hoy a nosotros’. La Vulgata de San Jerónimo traduce: *Panem nostrum supersubstantialem da nobis hodie*, ‘El pan nuestro *supersustancial* dánoslo hoy a nosotros’. En efecto, el término griego *epioúsios* está compuesto por la preposición *epí*, que significa ‘sobre’, y por *oúsios*, que significa ‘sustancial’. Respecto a esto, dice el Catecismo de la Iglesia Católica: “Tomada al pie de la letra, la palabra *epioúsios*, que significa ‘lo más esencial’, designa directamente el Pan de Vida, el Cuerpo de Cristo, ‘remedio de inmortalidad’ (San Ignacio de Antioquía) sin el cual no tenemos la Vida en nosotros (cf Jn 6,53-56)” (CEC, 2837). Por eso lo primero que pedimos con esta petición es que nunca carezcamos de la Santa Misa y de la Comunión del Cuerpo de Cristo. Junto con esto, por lo tanto, también estamos pidiendo los sacerdotes necesarios para que la Misa pueda realizarse.

Pero el mismo Catecismo agrega: “Tomada en un sentido temporal, la palabra griega *epioúsios*, es una repetición pedagógica de ‘hoy’ (cf. Ex 16,19-21) para confirmarnos en una confianza ‘sin reserva’. Tomada en un sentido cualitativo, significa lo necesario a la vida, y más ampliamente cualquier bien suficiente para la subsistencia (cf. 1Tm 6, 8)” (CEC, 2837). Por eso es que también pedimos las cosas necesarias para nuestra subsistencia.

Esto que pedimos en el Padre Nuestro se verifica de una manera concretísima en el evangelio de hoy: con la multiplicación de los panes, Jesucristo nos dio de comer un pan material para nuestra subsistencia corporal. Pero, al mismo tiempo, nos estaba preparando el pan *supersustancial*, el pan ‘más esencial’ que puede existir: el Cuerpo y la Sangre de Cristo. Sin ese Pan el mundo moriría de hambre.

Papa Francisco

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

El Evangelio de este domingo (Jn 6, 1-15) presenta el grande signo de la multiplicación de los panes, en la narración del evangelista Juan. Jesús se encuentra a orillas del lago de Galilea, y lo rodea «muchas gente», atraída por los «signos que hacía con los enfermos» (v. 2). En él actúa el poder misericordioso de Dios, que cura todo mal del cuerpo y del espíritu. Pero Jesús no es sólo alguien que cura, es también maestro: en efecto, sube al monte y se sienta, con la típica actitud del maestro cuando enseña: sube a la «cátedra» natural creada por su Padre celestial. Jesús, que sabe bien lo que está por hacer, en este momento pone a prueba a sus discípulos. ¿Qué se puede hacer para dar de comer a toda esa gente? Felipe, uno de los Doce, hace un cálculo veloz: organizando una colecta, se podrían recoger al máximo doscientos denarios para comprar el pan, que aún así no sería suficiente para dar de comer a cinco mil personas.

Los discípulos razonan con parámetros de «mercado», pero Jesús sustituye la lógica del comprar con otra lógica, la lógica del dar. Y he aquí que Andrés, otro de los Apóstoles, hermano de Simón Pedro, presenta a un joven que pone a disposición todo lo que tiene: cinco panes y dos peces; pero ciertamente —dice Andrés— no es nada para esa multitud (cf. v. 9). Pero Jesús esperaba justamente eso. Ordena a los discípulos que hagan sentar a la gente, luego toma los panes y los peces, da gracias al Padre y los distribuye (cf. v. 11). Estos gestos anticipan los de la última Cena, que dan al pan de Jesús su significado más auténtico. El pan de Dios es Jesús mismo. Al comulgar con Él, recibimos su vida en nosotros y nos convertimos en hijos del Padre celestial y hermanos entre nosotros. Recibiendo la comunión nos encontramos con Jesús realmente vivo y resucitado. Participar en la Eucaristía significa entrar en la lógica de Jesús, la lógica de la gratuidad, de la fraternidad. Y, por pobres que seamos, todos podemos dar algo. «Recibir la Comunión» significa recibir de Cristo la gracia que nos hace capaces de compartir con los demás lo que somos y tenemos.

La multitud quedó impresionada por el prodigio de la multiplicación de los panes; pero el don que Jesús ofrece es plenitud de vida para el hombre hambriento. Jesús sacia no sólo el hambre material, sino el más profundo, el hambre de sentido de la vida, el hambre de Dios. Ante el sufrimiento, la soledad, la pobreza y las dificultades de tanta gente, ¿qué podemos hacer nosotros? Lamentarse no resuelve nada, pero podemos ofrecer ese poco que tenemos, como el joven del Evangelio. Seguramente tenemos alguna hora de tiempo, algún talento, alguna competencia... ¿Quién de nosotros no tiene sus «cinco panes y dos peces»? ¡Todos los tenemos! Si estamos dispuestos a ponerlos en las manos del Señor, bastarían para que en el mundo haya un poco más de amor, de paz, de justicia y, sobre todo, de alegría. ¡Cuán necesaria es la alegría en el mundo! Dios es capaz de multiplicar nuestros pequeños gestos de solidaridad y hacernos partícipes de su don.

Que nuestra oración sostenga el compromiso común para que a nadie falte el Pan del cielo que dona la vida eterna y lo necesario para una vida digna, y se consolide la lógica de la fraternidad y del amor. La Virgen María nos acompañe con su intercesión maternal.

(PAPA FRANCISCO, *Ángelus*, Plaza de San Pedro, Domingo 26 de julio de 2015)

P. Gustavo Pascual, IVE

El milagro, obra admirable

Jn 6, 1-15

Los hombres nos vamos acostumbrando a todo, incluso a las cosas más extraordinarias. De hecho muchas cosas que en algún tiempo nos fueron sorprendentes ahora no nos llaman la atención.

No voy a decir que los discípulos se hayan acostumbrado a los milagros... pero por qué no se les ocurrió que Cristo podía multiplicar los panes. Nunca habían visto un milagro de este tipo pero sabían del poder del Señor.

Los milagros que realizó nuestro Señor Jesucristo son, en verdad, obras divinas, que convidan a la mente humana a elevarse a la inteligencia de Dios por el espectáculo de las cosas visibles. Dios no es una sustancia tal, que con los ojos se pueda ver; y los milagros con los que rige el mundo y gobierna toda criatura han perdido su valor por su asiduidad, hasta el punto que casi nadie mira con atención las maravillosas y estupendas obras de Dios en un grano de una semilla cualquiera; y por eso se reservó en su misericordia algunas para realizarlas en tiempo oportuno, fuera del curso habitual y leyes de la naturaleza, con el fin de que viendo, no obras mayores, sino nuevas, asombrasen a quienes no impresionan ya las obras de todos los días. Porque mayor milagro es el gobierno del mundo que la acción de saciar a cinco mil hombres con cinco panes. Sin embargo, en aquél nadie se fija ni nadie lo admira; en ésta, en cambio, se fijan todos con admiración, no porque sea mayor, sino porque es rara, porque es nueva⁶.

Los discípulos viendo los milagros crecían en la fe. Consideraban a Cristo como el Mesías pero ¿le atribuían la omnipotencia? ¿Jesús es omnipotente? Sí, no sólo por ser el Verbo sino también según su naturaleza humana por la Unión Hipostática⁷.

El alma de Cristo, que es instrumento del Verbo tuvo la virtud instrumental para hacer toda clase de milagros. Jesús pudo todo cuanto quiso, bien por sí o bien por la virtud divina⁸.

Al menos, ni Andrés ni Felipe, cayeron en la cuenta que Jesús podría multiplicar los panes y dar de comer a la multitud. De hecho, les dijo que ellos le dieran de comer y ambos dieron soluciones inútiles.

Todas las circunstancias aparecen providenciales. El desierto, la multitud, el hambre de la palabra de Dios, la búsqueda de salud. Todo desemboca en lo que dice el evangelista: que Él sabía bien lo que iba a hacer. Todo estaba preparado para el milagro. Sin embargo, el milagro no es lo último sino una prueba de la divinidad de Jesús y se encamina a que los hombres confiesen esa divinidad.

Después del milagro la multitud lo llama “el profeta” del que había hablado Moisés. Y lo quieren hacer rey. Jesús se aparta de la multitud y se va a rezar al monte en soledad.

Jesús no quiere ser rey del pan. Él no ha venido a satisfacer las necesidades materiales de los hombres sino a salvar sus almas del pecado, aunque, también ha mirado por el bien físico de los hombres.

¡Cuánto anhela la mayoría de la gente un cristo que les dé su casa, su auto nuevo, todas las comodidades! Pero que no les exija demasiado. Que no les exija el cumplimiento de todos los mandamientos, sino de algunos, los que le gustan. Un cristo que no hable de cruz, ni de sufrimiento, ni de renuncia. Y el verdadero Cristo los dejaría solos porque de nuevo quieren hacerlo rey del pan.

Cuando el diablo tentó a Jesús con un mesianismo temporal Él lo rechazó porque su mesianismo es un mesianismo de cruz. “No sólo de pan vive el hombre sino de toda palabra que sale de la boca de Dios”. ¿Acaso los cinco mil hombres no seguían a Cristo cautivados por su palabra? Malinterpretaron el signo. Cristo les dio la añadidura porque ellos buscaban primero el reino de los cielos. Porque la multiplicación de los panes fue para que ellos creyesen en el que era el Camino para llegar al cielo. ¡Cuántas veces el Señor nos prueba como a los discípulos! Él sabe lo que va a hacer. Tiene designios de paz pero nos prueba para que nosotros pongamos soluciones. La mejor solución es abandonarse en manos de Jesús porque es omnipotente. No hay nada que escape al poder de Jesús. Hay que estar atentos a las pruebas del Señor. Muchas veces nos ahogamos en un vaso de agua.

Jesús también cuenta con nuestro pequeño aporte. “El que te creo sin ti, no te salvará sin ti”, dice San Agustín. Jesús quiere que pongamos nuestra minucia, los cinco panes y dos peces. Si pusiéramos lo poco nuestro y confiáramos absolutamente en Jesús las obras que realizaríamos serían obras grandísimas. Dios no hace obras más grandes en nuestra vida o porque no ponemos lo poquito nuestro o porque no confiamos verdaderamente en su poder.

Cuando estamos con Jesús tenemos que olvidarnos de todo, como la gente del relato evangélico que estaba allí escuchándolo, lejos de su casa, sin comer. Cuando nos encontramos con Jesús, en esos momentos en que nos sentimos invadidos por su presencia, quedémonos vacíos de todo lo demás y aprovechemos sus consuelos. Él se encargará del resto. A nosotros nos basta estar con Él.

INFO - Homilética.ive

Función de cada sección del Boletín

Homilética se compone de 7 Secciones principales:

Textos Litúrgicos: aquí encontrará Las Lecturas del Domingo y los salmos, así como el Guion para la celebración de la Santa Misa.

Directorio Homilético: es un resumen que busca dar los elementos que ayudarían a realizar un enfoque adecuado del el evangelio y las lecturas del domingo para poder brindar una predicación más uniforme, conforme al **DIRECTORIO HOMILÉTICO** promulgado por la **Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos de la Santa Sede en el 2014**.

⁶ SAN AGUSTÍN, *Tratados sobre el Evangelio de San Juan (t. XIII), Tratado 24, 1, BAC Madrid 1968², 541*

⁷ III, 13, 1 ad 1

⁸ III, 13, 4c

Exégesis: presenta un análisis exegético del evangelio del domingo, tomado de especialistas, licenciados, doctores en exégesis, así como en ocasiones de Papas o sacerdotes que se destacan por su análisis exegético del texto.

Santos Padres: esta sección busca proporcionar la interpretación de los Santos Padres de la Iglesia, así como los sermones u escritos referentes al texto del domingo propio del boletín de aquellos santos doctores de la Iglesia.

Aplicación: consta de sermones del domingo ya preparados para la predica, los cuales pueden facilitar la ilación o alguna idea para que los sacerdotes puedan aplicar en la predicación.

Ejemplos Predicables: es un recurso que permite al predicador introducir alguna reflexión u ejemplo que le permite desarrollar algún aspecto del tema propio de las lecturas del domingo analizado.

¿Qué es el IVE, el porqué de este servicio de Homilética?

El **Instituto del Verbo Encarnado** fue fundado el **25 de Marzo de 1984**, en San Rafael, Mendoza, Argentina. El 8 de Mayo de 2004 fue aprobado como instituto de vida religiosa de derecho Diocesano en Segni, Italia. Siendo su Fundador el Sacerdote Católico Carlos Miguel Buela. Nuestra familia religiosa tiene como carisma **la prolongación de la Encarnación del Verbo en todas las manifestaciones del hombre**, y como fin específico la **evangelización de la cultura**; para mejor hacerlo proporciona a los misioneros de la familia y a toda la Iglesia este servicio como una herramienta eficaz enraizada y nutrida en las sagradas escrituras y en la perenne tradición y magisterio de la única Iglesia fundada por Jesucristo, la Iglesia Católica Apostólica Romana.

Este Boletín fue enviado por: homiletica.ive@gmail.com
Provincia Ntra. Sra. de Lujan - El Chañaral 2699, San Rafael, Mendoza, 5600, Argentina
Instituto del Verbo Encarnado